

No quiero hablar del corrido de Zapata, pues ahí se advierte la deliberación. Me sabe a lo mejor el Muñoz Cota descriptivo, digo, es un decir, el revelador de paisajes. En *Tierra prometida* —alguna vez he de coincidir con Ermilo Abreu Gómez— hay poemas acabados, adorables viñetas en que la seca tierra del norte mexicano se eriza de floridas imágenes, a manera de hitos para delimitar las zonas del ciego y el vidente. Y si en *Cielo sin ancla* el poeta subjetivo rompe a cantar, en palabras especiosas, su timidez y su angustia, su perplejidad y muy discretamente su amor, siempre domina el cuadro el pintor, retina apta sólo para matices, voz de paleta y verso de pincel.

No confiere esta invencible proclividad pic-

tórica, a Muñoz Cota, aquella tan engolada actitud de aeda con que nos bautizó Chocano para el americanismo literario, que decían los españoles de fines del siglo XIX. Los paisajes de Muñoz Cota, como todos los paisajes de la tierra, pueden ser locales en su intención, pero son ecuménicos en su alcance. Democracia del sol, colectivismo de la naturaleza, catolicidad de la tierra, apostólica a veces, pero mucho más que romana. Y es ahí, en la descripción, donde el poeta deja fluir sus más delicados acordes, sus más sutiles sugerencias, su intimidad tan a flor de verso sabio. Porque ésta es otra de las características de Muñoz Cota: la sabiduría. Se advierte a menudo en él un ensayista que se realiza creando. No sabe, no sabía que la prosa también abre anchísimas vías

a la fuga imaginista, y es lo que trata de llevar a cabo ahora en el inédito libro de ensayos-relatos que publicará en breve.

Si algo falta, en medio de un rico concurso de facilidades y opciones, si algo falta aquí, tal vez sea la presencia de un gran dolor, de uno de esos dolores clamantes que hacen aullar al más tenor, como ocurrió en Vallejo, como ocurre en Hidalgo, por no citar sino a peruanos; como se advierte a ratos en Neruda, menos profundo que aquéllos, pero más emotivo; menos discreto y recatado, pero más romántico. Hay un fondo feliz en la poesía de Muñoz Cota, lo cual la hace florecer de sonrisas hasta los más desgarradores lamentos. Si alguno encuentra que ello es antipoético, calcule hasta qué punto y en qué medida el *Cántico de los Cánticos* no es poesía, porque el *Eclesiastes* sabe a ceniza y planto.

Con todo lo que ha producido, lleno de excelencias, Muñoz Cota posee, a mi entender otro valor, quizás el más grande: su virtualidad, su potencialidad. Es un poeta en realización, en marcha. Cada poema suyo indica fina maceración y creciente sentido humano, en medio de una singular apetencia de juego. No se trata de un poeta concluso, enclaustrado por su propio estilo. Se trata de un poeta creciente. Como en el apotegma de Goethe, este Muñoz Cota avanza tratando de que cada paso sea una meta y cada meta un paso. Así ha de realizar y realizarse, ajeno a molición y tregua, y así lo esperamos frente a la otra orilla —no desde la otra orilla, entiéndase bien— con fundamentada certeza de sedientos escuchas.

Luis Alberto SANCHEZ.

Asunción, 1948.

La mesa de los humildes

Por D. F. MAZA

(En *El Nacional* de Caracas.
Febrero 14 de 1949).

Otros países americanos confrontan actualmente el problema de la escasez de divisas. Ello les conduce, inevitablemente, a reducir en proporción considerable sus importaciones y a privarse de ciertas comodidades que en Venezuela son muy conocidas y estimadas. No es excelente la situación para nuestras hermanas del continente, y ello repercute desfavorablemente en el comercio exterior norteamericano, uno de cuyos canales más importantes son estas repúblicas de "mestizos, indios y negros" que se extienden al sur del Río Grande.

Nuestro país, sin embargo, ha gozado hasta ahora del raro privilegio de la abundancia de divisas. Tenemos, hasta ahora, suficiente poder de compra exterior para adquirir en el mercado norteamericano cuanto necesitemos y cuanto nos apetezca. Ello nos ha creado un envidiable derecho a que se nos atienda y, sin exageración, a que se nos mime cuando vamos en plan de compradores. Aunque a veces hemos confrontado dificultades para obtener lo necesario, no es esta la regla. Somos un país de excepción. Somos excepcionalmente ricos y excepcionalmente gastadores. Eso lo dice el mundo entero que nos conoce de referencia. Y lo decimos nosotros, que no nos conocemos aún.

Como nos enriquecen cada día con cerca de dos millones de dólares, no tenemos para qué trabajar. Es natural que nos levantemos a las diez de la mañana y nos lleven el desayuno a la cama. Nos sirven quesos en lata, frutas en lata, jugos en lata, huevos en lata y leche en polvo enlatada también. Hasta las ganas de comer creo que vienen enlatadas. Todo viene sellado y contramarcado, hasta el pensamiento y la voluntad.

El resto del día jugamos al beisbol, discutimos de política o vamos al cine, que viene en latas. Para darnos el lujo de que se nos califique exportadores recolectamos café y cacao en tiempos de cosecha y los enviamos a los mercados del mundo. Es decir los enviamos a Estados Unidos, que para nosotros es el mundo. Allí nos pagan con divisas que luego cambian los exportadores en el Banco Central para recibir el subsidio en forma de tipo diferencial de cambio exterior. Si no existiera esta paternal medida, hace tiempo habrían desaparecido las haciendas de café y cacao. Pero nos duele la historia nacional, y por ello pro-

curamos conservar esos testimonios de nuestra laboriosidad tradicional. Nuestro pasado fue un poco cacao al principio y luego un poco café. Ahora somos petróleo. ¿Qué seremos luego?

El cuento es que más de las tres cuartas partes de lo que recibimos lo gastamos en el exterior en artículos para el consumo. No nos gusta calentar el dinero en el bolsillo. Y como necesitamos subsistir compramos alimentos, trajes, medicinas, materiales de construcción y facilidades eléctricas para el hogar en bastante cantidad. Pero no todo es para la mera existencia vegetativa. Como nos agrada el confort, el buen vivir, gastamos el 55% de nuestro ingreso en artículos suntuosos. Por ejemplo, ya en 1937, a pesar de que disponíamos sólo del veinte por ciento del poder de compra actual, importamos Bs. 176.533.884 en artículos de lujo: automóviles, radios, fonógrafos, whisky, champán, brandy, ginebra, cigarrillos, cerveza. En cambio, en el mismo año, importamos en artículos esenciales Bs. 149.182.112, cantidad bastante inferior a la citada. Nuestra mesa no nos ha merecido jamás tanta atención como las pequeñas comodidades y las pequeñas apariencias del cotidiano vivir.

Es sorprendente la facilidad con que gastamos el dinero en cursilerías. Como líneas de la importación aparecen mercancías flamantes que mueven a la risa, ya que ha tiempo se nos olvidó la reflexión: antifaces, caretas y máscaras, arbolitos de Navidad, juguetes para niños, fotografías, cromos, ataúdes, cajas vacías. En perlas falsas, joyas de imitación y abalorios importamos en un solo año casi Bs. 700.000. En la actualidad todas estas cifras están infladas. Hemos perdido por momentos el control de lo que gastamos.

Y sin embargo no vive bien el venezolano medio. Del obrero y el campesino lo que se diga es pálido frente a la realidad. Mientras el hombre normal de cualquier país del mundo se preocupa principalmente por la buena mesa, aunque lleve el traje raído, nuestro habitante vive de la apariencia. Por ejemplo, el consumo de leche es harto deficitario en nuestro país. En el medio rural venezolano, más del 50% de las familias no cuentan la leche en sus listas de alimentación. En Caracas hay un déficit de abastecimiento de más de

10.000 litros diarios de leche. En cuanto a la carne, en las zonas no ganaderas el consumo no llega al 30% de las necesidades dietéticas normales. En los caseríos y vecindarios sólo un 20% de la población puede consumir huevos; mientras que las familias que no pueden hacer figurar en su mesa la carne, la leche y los huevos constituyen el 24% de la población total. Los campesinos están sometidos a un régimen alimenticio que les proporciona sólo 2.300 calorías por día, bastante inferior a la cifra normal de calorías necesarias a la existencia humana. Pero ellos no pueden consumir otra cosa que arepas, papelón, plátanos, arroz, casabe, algunas veces queso y caraotas. Ellos constituyen más del 60% de la población venezolana.

Según el doctor José María Bengoa, el secreto de la admirable resistencia de los campesinos nutridos es su alto consumo de hidratos de carbono en forma de papelón, arepas, etc. Eso les suministra energía para rendir grandes jornadas, a pesar de su crónica desnutrición. Así se explica también que ese sector de la población haya subsistido a través de las mayores miserias y calamidades.

En un mes del año 1948 importamos Bs. 223.186.000 en alimentos y bebidas. Esta cifra es respetable. Si se le agregan los costos adicionales luego de la llegada de la mercancía a La Guaira o Puerto Cabello (transporte, almacenaje, gastos generales del comerciante, ganancia del comerciante, etc, encontramos que el consumidor venezolano tuvo que pagar casi trescientos millones de bolívares en un mes por artículos de consumo, cuya utilidad real es incomparablemente menor en relación con su costo monetario. Esto no quiere decir